

T. II.

P. 189.



STA TEOTISTE, V.

NOVIEMBRE. DIA X.

189

mas devotos, mas modestos ni mas contenidos. Antes su indevocion, cuando ya adultos, se adelanta á la costumbre contraida desde la niñez de estar en la iglesia sin modestia, sin circunspeccion y sin respeto. Remedia este daño, y no toleres jamás que á tus hijos se les acostumbre á semejantes irreverencias. No se condena que se lleven los niños á las iglesias desde la tierna edad; pero es necesario inspirarles desde luego el respeto y el religioso temor con que deben estar en ellas, sin disimularles nunca la menor irreverencia. Lo mismo se debe hacer con los criados, enseñándolos en este punto mas con los ejemplos que con las palabras. Es una materia en que no cabe exceso de severidad ni de delicadeza, y los padres y maestros tendrán que dar á Dios terrible cuenta en este particular.

DIA DIEZ.

SANTA TEOTISTE, VIRGEN Y SOLITARIA.

No hay cosa mas admirable que la sabiduría de Dios: sus golpes desconciertan toda la prudencia humana, y se abre caminos que esta no puede penetrar, tan distantes de los caminos de los hombres, como lo está el cielo de la tierra. Sobre todo resplandece la divina sabiduría en el modo con que gobierna á los santos, como lo vamos á ver en la vida de santa Teotiste, para lo cual es menester tomar el hilo un poco mas arriba. Fueron algunos cazadores á la isla de Paros, que es muy abundante en ciervos y otros animales montaraces: entraron en una iglesia de la santísima Virgen medio arruinada; pero que todavía pre-

sentaba á la vista algunos trozos en que se descubria no sé qué aire de augusto, y daban á entender la antigua magnificencia de la fabrica. Algunas reliquias felizmente preservadas del furor de los que la habian destruido, elevaban un frontispicio respetable que hacia mas sensible la ruina del suntuoso edificio. Estando los cazadores mirándolo todo con atencion, vieron venir hacia ellos un solitario, cubierto con una túnica de pieles, el semblante pálido, los piés descalzos; pero con un semblante que tenia cierto no sé qué de angelical. Luego que se acercó á los cazadores, los saludó, y estos le correspondieron. Suplicáronle que les dijese su nombre, su patria, si estaba solo en aquel desierto, y en fin, toda la historia de su vida. Respondióles el siervo de Dios: No os puedo dar razon de mi patria, de mi familia, ni de las demás cosas de que se glorian los hombres del mundo: todo lo que hay sobre la faz de la tierra es nada para mí, y ninguna cosa de las que pasan con el tiempo me merece atencion. Dios es mi padre y mi señor: por solo su amor vivo ha mas de treinta años en este desierto. Yo me llamo Simeon, y toda mi grandeza consiste en que soy un pobre monje, aunque por otra parte condecorado con la dignidad del sacerdocio, y con la potestad de consagrar el cuerpo y sangre de mi Señor Jesucristo. Los que oyeron esta conversacion, llenos de profundo respeto, se arrojaron á sus piés; pero él los levantó, dijoles algunas cosas devotas, y despues calló. Uno de los circunstantes le rogó que les declarase lo que pasaba entre Dios y él; á lo que respondió: Yo no soy digno de favores extraordinarios; retiréme á esta soledad para llorar mis pecados, y no para tener revelaciones celestiales. Habiendo dicho esto, hizo sentar al que refiere esta historia y á los demás compañeros suyos sobre la verde yerba, junto á una fuente de agua dulce que corre

por aquel sitio de silencio y de paz. Sentados todos en aquella verde alfombra, que la extendia la misma naturaleza, nuestros forasteros hicieron varias preguntas al solitario, que respondió á todas con mucho agrado y candor. Despues le rogó uno de los cazadores que contase alguna maravilla del Señor, para que este fuese alabado y glorificado, y él refirió la historia siguiente:

« Una partida de cazadores de Eubia, que todos los años venian á esta isla á caza de ciervos, arribó á ella; y uno de ellos, hombre bueno, y que cuidaba de la salvacion de su alma, me refirió una maravilla digna de la magnificencia del Señor, que obra cuando es su voluntad prodigios superiores á todo lo que podemos concebir. Dijo, pues, que, habiendo entrado hacia el anochecer en la iglesia de Nuestra Señora para hacer oracion, al salir de ella reparó un poco de agua en un hoyo, y que en ella se estaban remojando unas lentejas, cuyo rústico alimento le hizo creer que sin duda habitaba algun solitario en aquel desierto. Concluido lo que tenia que hacer con sus compañeros, volvió en diligencia movido del deseo de conocer al ángel humano que habitaba aquella retirada soledad, y con efecto reconoció una sombra hacia el lado del altar; y como se levantaba para acercarse á ella, oyó una voz que le dijo: *Delente, hombre, y no pases adelante: soy una mujer, estoy desnuda, y no puedo ser vista en este estado.* Al oír esto, le ocupó tal terror, que se le erizaron los cabellos, y casi perdió del todo el conocimiento; pero volviendo finalmente en sí, y recobrando el ánimo, preguntó á la criatura que habia formado aquella voz, quién era, y cómo se hallaba en aquel desierto; á que le respondió: *Arrójame aca tu capa, y en cubriéndome, sabrás lo que Dios quiere que sepas.* Arrojóle su capa el cazador, y salió de la iglesia para darle más lugar á recogerla y á cubrirse.

Volvió á entrar en ella, y vió á una persona que estaba en pié, los cabellos todos blancos, la piel dene-grida de los ardores del sol, cubriendo unos descarnados huesos; en fin, un animado esqueleto. Sobresaltado con la vista de aquel objeto, mucho mas que le habia atemorizado su voz, se estremecia de horror, arrepentido ya de su curiosidad; pero alentado algun tanto, rogó á la que le parecia ser una sombra que le echase su bendicion: ella entonces volvió el rostro hácia el Oriente, y para desengañarle de que la que le hablaba no era alguna fantasma sino una persona humana, levantó las manos al cielo, y pronunció algunas palabras que no entendió el cazador, y volviéndose despues á él, le dijo: *Hombre, Dios te haga misericordia: ¿quién te ha traído aquí? ¿á qué has venido á una isla inhabitada? Pero pues Dios te condujo á ella, ahora sabrás lo que deseas saber*, y dió principio á su relacion de esta manera:

« Yo soy originaria de Lesbos; me llamo Teotiste; soy religiosa de profesion; perdí á mis padres desde mi tierna infancia, pusiéronme en un monasterio de monjas, donde tomé el hábito, y habiendo salido de él á los diez y ocho años de mi edad para ver á una hermana mia casada en una aldea cercana y pasar con ella las pascuas, los corsarios árabes de Candia entraron una noche en la aldea, saqueáronla, lleváronse cautivos á todos los vecinos, y á mi con ellos. Retiráronse despues los piratas a la isla de Paros para repartir el botin, y yo logré escaparme, escondiéndome entre unas zarzas y matorrales que toda me cubrieron de sangre, y pasé la noche con dolores: pero ¡qué consuelo fué el mio por la mañana cuando vi que los piratas se habian vuelto á su navio, y yo me habia escapado de sus manos! Fué tanto el gozo que tuve, y estaba tan ocupado de él mi corazon, que no sentia el dolor de mis heridas. Ha mas de treinta y

cinco años que estoy gozando las delicias de la soledad, sustentándome con las yerbas que nacen en el desierto; pero mucho mas con la palabra de Dios. » Luego que acabó de hablar, levantó las manos al cielo, y dió gracias al Padre celestial que derrama sus favores sobre toda criatura, y llena á todo animal de bendiciones. Añadió despues: « Ya te he hecho relacion de mi vida; pero te pido una gracia en nombre de Jesucristo; y es que, cuando el año que viene vuelvas á cazar á esta isla, me traigas el precioso cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, porque desde que estoy aquí no he merecido comer el pan celestial. » Dicho esto, y encargándole el secreto, le despidió enviándole á sus compañeros; pero tan preocupado de todo lo que habia visto, que no podia pensar en otra cosa sino en el rico tesoro que habia dejado en aquella soledad. Volvió el año siguiente, y no dejó de llevar el pan de la vida de que estaba tan hambrienta la solitaria. No bien la descubrió el cazador cuando se prostró en tierra por respeto; pero ella, deshaciéndose en lágrimas, le comenzó á gritar: *¿Qué haces, amigo carísimo, qué haces? Acuérdate de que traes contigo el divino don*; y acercándose á el, le cogió por la capa, y le levantó. Entonces sacó este la cajita donde traia el pan de los ángeles, y á vista de aquel precioso vaso que encerraba los tesoros del cielo, ¿quién podrá explicar lo profundo de su veneracion y de su respeto? Aniquilabase en la presencia del Dios del amor siendo la abundancia de sus lágrimas y la ternura de sus amorosos suspiros intérpretes fieles de los afectos de su corazon: centelleaba en sus ojos el fuego del amor divino, y toda la postura era de una persona amorosamente enternecida al considerar la amabilidad de Jesucristo. Pero ¡á qué altura subieron sus incendios cuando recibió en el Sacramento al mismo amor! El exceso de este la hizo prorumpir en la si-

guiente oracion, llena de viva confianza : *Ahora, Señor, dejad ya ir á vuestra sierva en paz, pues que mis ojos han visto á mi Salvador. Ya recibí el perdon de mis pecados, y me voy adonde lo ordena vuestro poder.* Dicho esto, se quedó arrobada en Dios con un éxtasis que duró largo tiempo; y vuelta en fin en sí, dió las gracias al que le habia traído el tesoro celestial, deseándole mil bendiciones. Algunos dias despues, concluida la caza felizmente, volvió el cazador á despedirse de la solitaria; pero la solitaria descansaba ya en el seno del Señor. Muchas acciones de su vida quedaron escondidas á nuestra noticia; y el venerable Simeon, que refirió esta historia á nuestros cazadores, se lamentaba de que Teotiste, la solitaria, no hubiese tenido otro segundo Zósimo que dejase á la posteridad relacion individual de muchas cosas tan dignas de no ser ignoradas de los hombres. Admiramos aquí la providencia de Dios que saca á una tierna doncella de entre las manos de los corsarios árabes, la sustenta por largo tiempo en el desierto, y en fin le proporciona el consuelo de recibir el alimento celestial, y recibido, la lleva á la inmortal gloria. ¡Oh mi Dios, y quién se arrepintió jamás de haberte servido!

SAN ANDRÉS AVELINO.

San Andrés Avelino, modelo el mas perfecto del clero secular y regular, uno de los mas brillantes ornamentos de su siglo, nació en el año de 1521 en Castronovo, pueblo de la provincia Basilicata, dicha Lucania antiguamente en el reino de Nápoles, á quien pusieron por nombre Lanceloto en el bautismo. Sus padres Juan Avelino y Margarita Apella, mas distin-

guidos por su notoria piedad que por su calificada nobleza, ofrecieron al niño, luego que nació, á la santísima Virgen, y se aplicaron con el mayor esmero á darle una educacion cristiana; pero su bello natural y propension á lo bueno facilitaron mas que todo el efecto de sus deseos. A muy breve tiempo dieron á conocer las santas inclinaciones de Andrés que le cupo la suerte de una alma buena, y que el Señor le habia prevenido con sus mas dulces bendiciones. Signóle el ama que le crió con la señal de la cruz luego que comenzó á darle el pecho, y bastó esta primera leccion para que el niño lo ejecutase por sí siempre que tenia libres de las fajas sus tiernecitos brazos. A este indicio nada equivoco del amor que en lo sucesivo tendria á la cruz de Jesucristo, se siguieron otros no menos dignos de admiracion, como fueron reducir todas sus diversiones en la puericia á formar altares; y postrado ante ellos, meditaba las grandezas de Dios, rezando oraciones devotísimas, observando además la santa costumbre de congregar á los niños para explicarles la doctrina cristiana, y darles saludables consejos; lo que hacia con tanta gracia, con un modo tan lleno de gravedad y de decoro, con tal espíritu y compostura, que no dudaron cuantos vieron estos hechos de graduarlos por anticipados pronósticos del magisterio que Andrés practicaria con el tiempo.

Luego que tuvo la edad competente, le aplicaron sus padres al estudio de la latinidad, primero en su patria, y despues en Senis, pueblo no muy distante de aquella; y observando sus maestros una gran conducta en el jóven, una docilidad suma, un profundo rendimiento y una aplicacion extraordinaria, añadiendo á esto una devocion singularísima, se concilió á breve tiempo el amor de aquellos, y la veneracion de sus condiscipulos. En efecto, Andrés arregló sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios,